

Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad.
N°51. Año 18. Agosto - Noviembre 2026. Argentina. ISSN 1852-8759. pp. 64-77

Quemados. Incendios, emociones y mecanismos de soportabilidad social en el Sur de la Argentina

Burned. Wildfires, Emotions, and Mechanisms of Social Endurance in Southern Argentina

Tamassi, Ayelén*

Universidad de Buenos Aires, Instituto de Investigaciones Gino Germani, Centro de Investigaciones y Estudios Sociológicos. Argentina.
ayelentamassi@gmail.com

Resumen

Este trabajo analiza las emociones sociales asociadas a los incendios forestales ocurridos en Cholila (Chubut, Argentina), desde la perspectiva de la sociología de los cuerpos y las emociones. A partir de entrevistas semiestructuradas a pobladores y actores locales, se examina cómo el fuego opera no sólo como fenómeno ambiental, sino como experiencia social situada que produce dolor social, regula las sensibilidades y condiciona las posibilidades de acción colectiva. El análisis identifica dos núcleos emocionales principales. El primero, conformado por resignación, tristeza e impotencia, da cuenta de procesos de pérdida de agencia y aprendizaje de la soportabilidad social. El segundo, estructurado en torno a la desconfianza, la angustia, la bronca y el enojo, expresa una conflictividad latente que encuentra límites para su traducción en acción colectiva sostenida. Se sostiene que estas ecologías emocionales, lejos de ser respuestas individuales, son socialmente producidas y se inscriben en tramas de dominación que tienden a naturalizar la devastación y a suspender el conflicto. Finalmente, el trabajo propone reflexionar sobre las interdicciones colectivas, la espera y los intersticios donde podrían emerger condiciones para la interrupción de la soportabilidad en contextos de desastre socioambiental.

Palabras clave: Incendios forestales; Emociones; Dolor social; Soportabilidad social.

Abstract

This paper analyzes the social emotions associated with forest fires in Cholila (Chubut, Argentina) from the perspective of the sociology of bodies and emotions. Based on semi-structured interviews with local residents and community actors, the study approaches fire not merely as an environmental phenomenon but as a situated social experience that produces social pain, regulates sensibilities, and shapes the possibilities of collective action. The analysis identifies two main emotional clusters. The first—resignation, sadness, and impotence—reveals processes of loss of agency and the social learning of endurance. The second—structured around distrust, anguish, anger, and resentment—expresses a latent conflict that faces significant barriers to being translated into sustained collective action. These emotional ecologies are understood not as individual reactions but as socially produced, embedded in relations of domination that tend to naturalize devastation and suspend conflict. The article concludes by proposing future lines of inquiry focused on collective interdictions, waiting practices, and emotional interstices where the interruption of social endurance and the reactivation of collective conflict might become possible in socio-environmental disaster contexts.

Keywords: Forest fires; Emotions; Social pain; Social endurance.

* Lic. en Sociología (UBA). Investigadora. Docente de la materia Cuerpos y Emociones de la carrera de Sociología (Fsoc-UBA). Miembro del Grupo de Estudios sobre Políticas Sociales y Emociones (GEPSE-CIES-PECES). Actualmente cursando el Diplomado Internacional en Estudios Sociales sobre Cuerpos y Emociones. ORCID: <https://orcid.org/0009-0006-6001-5791>

Quemados. Incendios, emociones y mecanismos de soportabilidad social en el Sur de la Argentina

*Los árboles y las personas se queman hace mucho tiempo en este país.
Vivir en un país en llamas, en un país que se quema.
Vivir a orillas de un largo y angosto río de fuego.
Vivir en el corazón del bosque, aguantar el desplome. La tormenta.*
Jaime Pinos

Introducción

En las últimas dos décadas, los incendios forestales en el sur de la Argentina han evidenciado una tendencia creciente, asociada tanto a factores naturales como a acciones humanas, ya sea por negligencia o por intencionalidad (Lobba Araujo, 2019). Si bien el fenómeno no es reciente, su recurrencia y la magnitud de los eventos registrados año tras año han configurado un escenario de crisis ambiental persistente, marcado por la destrucción sistemática de miles de hectáreas de bosque nativo.

Desde una perspectiva histórica reciente, se destacan algunos episodios de particular gravedad. En 2015, un incendio de gran escala afectó a la localidad de Cholila (Chubut), consumiendo aproximadamente 29.000 hectáreas y extendiéndose durante más de 50 días (Lobba Araujo, 2019). De manera similar, en 2021 se registraron incendios en las localidades de Lago Puelo, El Hoyo y El Maitén (Chubut), que provocaron la quema de entre 15.000 y 20.000 hectáreas (Lobba Araujo et al., 2021). Estos eventos constituyen ejemplos de incendios de interfase, caracterizados por el avance del fuego en áreas donde la vegetación natural se encuentra en estrecha proximidad con viviendas e infraestructura (Andreassi y Carpinetti, 2023).

Con este brevísimo panorama sobre los incendios en el Sur de Argentina es que el fuego iniciado en Cholila y la Comarca Andina en el mes de enero del año 2026, no es un hecho aislado. El repaso sobre los distintos focos ígneos nos permite ver que desde hace años los vecinos del Sur se ven impregnados por los fuegos que avanzan destruyendo, además de los bosques nativos, sus propias vidas.

En este marco, el objetivo de este trabajo es analizar las emociones de la población de Cholila vinculadas a los incendios forestales durante enero de 2026. Esta localidad, con aproximadamente 5000 habitantes, se ubica estratégicamente entre Epuén y el Parque Nacional Los Alerces, lo que la posiciona como una de las zonas particularmente afectadas. Cholila, perteneciente a la Comarca Andina junto con Lago Puelo, El Bolsón, El Hoyo y El Maitén, se caracteriza por su entorno natural —montañas nevadas, lagos y bosques nativos— y por una dinámica social que, en muchos aspectos, parece transcurrir a un ritmo distinto al de los grandes centros urbanos. Sin embargo, dichos paisajes y modos de vida se vieron profundamente alterados a partir del 5 de enero de 2026, con el avance del fuego.

A partir de este contexto, el análisis se inscribe en el campo de la sociología de los cuerpos/emociones, entendiendo que las experiencias emocionales no constituyen meras vivencias individuales, sino que se encuentran socialmente estructuradas. En este sentido, se indaga qué sienten los habitantes de Cholila frente al fuego, cómo procesan estas experiencias, de qué manera las padecen y, especialmente, qué posibilidades de acción colectiva emergen en este escenario. La pregunta que orienta la investigación es: ¿Qué efecto genera en el cuerpo la experiencia del fuego? ¿Qué sensibilidades y emociones se traman en el cuerpo de la gente que habita Cholila?

La formulación de estos interrogantes permite subrayar la relevancia de una sociología de los cuerpos/emociones en el análisis de las formas contemporáneas de dominación. Estas últimas se expresan a través de mecanismos de regulación social

y prácticas del sentir que operan como dispositivos de soportabilidad social, en términos de Scribano (2010). En este marco, se retoma la noción de “fantasmas y fantasías sociales” (Scribano, 2008a), entendidas como mecanismos que regulan las sensaciones y contribuyen a la reproducción de determinadas formas de orden social. Asimismo, se considera que las acciones colectivas y las prácticas del sentir constituyen una vía privilegiada para analizar los procesos de estructuración social.

En este sentido, el presente trabajo busca contribuir a dicho campo, partiendo de una reconstrucción del contexto histórico, social, económico y político en el que se inscribe el fenómeno, para avanzar progresivamente hacia el análisis de las experiencias concretas de los sujetos. La estrategia argumentativa del presente artículo consiste en: a) introducir y acercar conceptualizaciones teóricas acerca de las experiencias sobre el fuego desde una mirada de los cuerpos y las emociones; b) desarrollar la estrategia metodológica empleada para analizar las entrevistas realizadas; c) presentar el análisis de la experiencia con el fuego y las emociones asociadas que surgen en los pobladores de Cholila a partir de tres dimensiones: la espera como mecanismo de soportabilidad social, la acción colectiva y las ecologías emocionales que surgen inmediatas a la aparición del fuego; y d) a modo de cierre reflexionar sobre las emociones y sensibilidades identificadas en los vecinos de Cholila.

Metodológicamente, el trabajo se apoya en la realización de 15 entrevistas semiestructuradas a pobladores de Cholila, llevadas a cabo durante el mes de enero del año 2026. A partir de un guión flexible, las entrevistas avanzaron desde preguntas generales hacia dimensiones más complejas vinculadas a la estructura social. En particular, se indagó no solo en las emociones suscitadas por los incendios, sino también en las percepciones acerca de su origen, así como en las formas de organización comunitaria desplegadas frente a la catástrofe. De este modo, el material empírico se pone en diálogo con la teoría de la acción colectiva y los mecanismos de soportabilidad social, con el objetivo de identificar la presencia —o ausencia— de dinámicas colectivas en este contexto. A su vez se hará un apartado cuantitativo en el que de manera esquematizada se contabilizarán la cantidad de veces que se repiten distintas emociones, presentándose un cuadro con las mismas.

Incendios: entre la soportabilidad social y la acción colectiva

Para abordar sociológicamente la relación entre incendios forestales, emociones y acción colectiva, resulta necesario precisar un conjunto de conceptos analíticos que permitan dar cuenta de las experiencias sociales y corporales involucradas. Lejos de concebir los incendios únicamente como eventos ambientales o sanitarios, este trabajo los entiende como procesos socialmente situados que producen y reconfiguran sensibilidades, afectos y disposiciones para la acción —o la inacción— colectiva. En el plano de los estudios empíricos, trabajos como el de Mellado Yáñez (2022) describen indicadores de salud mental —tales como estrés postraumático, ideación suicida, depresión, ansiedad y estrés— en adolescentes chilenos afectados por el incendio forestal ‘Las Máquinas’, mostrando prevalencias elevadas de problemas asociados a la experiencia del desastre y diferencias según género, aunque sin plantear un análisis sociológico de las emociones subyacentes al evento. En un enfoque más cercano a los estudios sociales de la vida cotidiana y las emociones colectivas, Gumucio Landívar (2022) examina las participaciones, discursos e indignación ante los incendios forestales en la Chiquitanía boliviana (2019–2020), explorando cómo se construyen y circulan afectos como indignación y preocupación a través de narrativas sociales y mediáticas. Complementariamente, Eisenman y Galway (2022), analizan las consecuencias del humo de incendios forestales sobre el bienestar mental de comunidades expuestas, señalando asociaciones con síntomas de ansiedad y malestar emocional, aunque con énfasis desde una perspectiva sanitaria más que sociológica. Por último, reflexiones recientes en Dickson-Hoyle et al. (2026) alertan sobre los impactos psicosociales y emocionales vinculados a la investigación y gestión de incendios, subrayando la necesidad de considerar las vivencias afectivas de poblaciones expuestas a fuegos extremos lo que legitima el aporte del presente artículo. Por su parte, el libro de Wertheimer y Fernández Bouzo (2023) Argentina en llamas. Voces urgentes para una ecología política del fuego, ofrece una ecología política del fuego que analiza los incendios como procesos históricamente situados, vinculados al extractivismo, la disputa por el territorio y la desigual distribución de los daños ambientales. Asimismo, incorpora abordajes que visibilizan las dimensiones sociales, comunitarias y afectivas de la devastación,

aportando claves analíticas para comprender las experiencias situadas del fuego. A partir de esta breve revisión de la literatura académica, se observa que la investigación enfocada específicamente en la relación entre incendios forestales y emociones desde una perspectiva sociológica es muy escasa, lo que configura un vacío teórico y empírico relevante que este estudio pretende abordar y contribuir desde una perspectiva situada en las experiencias emocionales y corporales.

Los incendios forestales de gran envergadura e intensidad, como los que vimos en los últimos años en nuestro país, afectan a los ecosistemas y a la biodiversidad, a la capacidad de reproducción de la flora y la fauna, a la vez que aumentan el nivel de carbono en la atmósfera, lo que contribuye al calentamiento global, a la variabilidad del clima y a una mayor ocurrencia de eventos climáticos extremos (Yanniello, 2023). A su vez, la pérdida de la cobertura vegetal afecta a las dinámicas hidrológicas y acelera la erosión de los suelos (Wertheimer y Fernández Bouzo, 2023).

El fuego a gran escala resulta funcional a las lógicas del extractivismo, rasgo central del capitalismo contemporáneo, configurado como una maquinaria profundamente depredatoria de energía —en particular, energía corporal—. Este proceso no sólo transforma las condiciones materiales de existencia, sino que también redefine los mecanismos de soportabilidad social y los dispositivos de regulación de las sensaciones (Scribano, 2007a; Scribano y Aimar, 2012). En este marco, los cuerpos que atestiguan la expropiación capitalista vivencian dolor social, entendido como una experiencia que produce el desgaste y la pérdida de energías vitales:

El dolor social es entendido como el sufrimiento que se percibe; resquebrajamiento o quiebre de la articulación entre cuerpo subjetivo, cuerpo social y cuerpo individuo. El sufrimiento agrieta la articulación de los modos sociales de vivir (se) y con-vivir asegurando la distancia (corporal y sensible) con la acción disruptiva. La repetición y normatividad de las maneras sociales de enfrentar las tribulaciones de la vida originan dolor social. La vida vivida como un flujo de obstáculos transforma a las penurias en horizonte de comprensión de la historia heredada, propia y colectiva. Las aflicciones y adversidades se constituyen en marcas de la biografía y en contextos naturalizados de las condiciones de existencia. (Scribano, 2017, p. 3)

El dolor social se constituye así en un componente fundamental de los procesos de dominación y de evitación del conflicto, en tanto opera como una coagulación de la acción colectiva, inhibiendo la capacidad de respuesta y transformación social (Scribano, 2007b). El cuerpo, producido y reproducido socialmente, requiere para su subsistencia condiciones materiales básicas —alimento, vestimenta, vivienda— y, para sostener su condición de ser viviente, procura la apropiación de energías vitales provenientes de fuentes primarias como la tierra y el agua.

Sin embargo, en el marco del orden extractivo, este proceso se ve atravesado por una dinámica de individualización progresiva de lo colectivo, que deja a los sujetos en condiciones de aislamiento y erosiona las tramas intersubjetivas que habilitan la acción compartida (Scribano, 2008b). Se trata, en definitiva, de un orden social que no sólo domina, sino que también enseña a soportar.

Los mecanismos de soportabilidad y los dispositivos de regulación de las sensaciones que señala Scribano operan de manera articulada: mientras unos normatizan la relación entre percepciones, sentidos y emociones, los otros hacen cuerpo prácticas de elusión del conflicto, consolidando la experiencia de un mundo que aparece como inmodificable (Scribano, 2010). Un mundo que se vive bajo la lógica persistente del “siempre fue así” o “siempre será así”. Según este autor, ambos procedimientos obturan la conflictividad social, restringiendo, de ese modo, la posibilidad de re-accionar ante un mundo cada vez más desigual y más doloroso.

Por su parte, Machado Aráoz (2017) sostiene que se ha instaurado un nuevo régimen de insensibilidad social que es parte clave de los mecanismos y dispositivos de devastación generalizada de la vida en el planeta, moldeando subjetividades cuyas estructuras perceptivas, sensoriales y cognitivas resultan completamente incapaces de sentir el deterioro objetivo de las fuentes y procesos de vida al que se hallan insoslayablemente expuestas. Cada sociedad produce las condiciones ecológicas de la vida como las formas de manifestar sus vidas; de asignarles sentido y de sentirla, es decir, su régimen ecológico como su régimen de sensibilidades (Machado Araoz, 2017)

En este marco, pueden identificarse distintos núcleos conflictivos que atraviesan la experiencia social. Por un lado, una conflictividad vinculada a la impunidad, que se expresa en la sensación —

recurrente en el contexto argentino— de estar paralizados frente a los poderosos. Por otro, una disputa por la apropiación de la palabra como dispositivo de clasificación, sostenida muchas veces en discursos moralizantes que delimitan qué se debe sentir y cómo se debe actuar. Finalmente, resulta central la producción de dispositivos orientados a regular expectativas y a evitar el conflicto social, función que se sostiene en la articulación entre mecanismos de soportabilidad social y dispositivos de regulación de las sensaciones. Estas sensaciones están configuradas en los que llamamos ecología emocional (*sensu* Scribano), entendiéndolas como un conjunto de emociones percibidas en determinados contextos, que se conectan de algún modo y sólo pueden entenderse una en relación con las otras. Éstas estructuran las relaciones sociales cotidianas, se caracterizan en tanto la experiencia no puede expresarse de manera absoluta con una sola práctica de sentir, y pueden entenderse a partir de tres factores:

...en primer lugar, en cada política de las sensibilidades se constituyen un conjunto de emociones conectadas por aires de familia, parentescos de práctica, proximidades y amplitudes emocionales. En segundo lugar, este conjunto de emociones constituye un sistema de referencia para cada una de estas emociones en un contexto geopolítico y geocultural particular que les otorgan una valencia específica. En tercer lugar, son grupos de prácticas del sentir cuya experiencia particular respecto a un elemento de la vida sólo puede ser entendida en su contexto colectivo. (Scribano, 2020, p. 4)

Merleau-Ponty (1985) ya advertía que el mundo se conoce a través del cuerpo. En esa misma línea, los regímenes de sensibilidad no solo se aprenden, sino que se incorporan, sedimentándose en prácticas que organizan lo que se puede sentir y lo que no. Así, emociones como el miedo, la bronca, la resignación o la esperanza no son meramente individuales, sino que se encuentran socialmente reguladas (Cervio, 2012). Se trata de formas de sentir que no solo expresan el mundo, sino que lo producen.

Siguiendo la línea teórica, Scribano (2010) nos propone pensar la espera y la paciencia como formas de relación social que se aprenden y se habitan en el tiempo y que dejan cuerpos suspendidos, muchas veces sin saberlo, sin energía disponible, sin capacidad de hacer. Estas condiciones adversas dan lugar a lo que el autor denomina dolor social. Un dolor que no solo se tiene, sino que se es. Porque el dolor social no se limita a afectar al cuerpo: también tiene rostro:

se inscribe en las expresiones, en las miradas, en los gestos que empiezan a decir —incluso antes que las palabras— lo que está pasando.

Ahmed (2004), sostiene que el dolor no constituye una experiencia puramente individual ni garantiza por sí mismo la politización del sufrimiento, ya que puede circular socialmente y ser reconocido sin traducirse en acción colectiva. El dolor, en tanto afecto, puede quedar adherido a los cuerpos, fijando posiciones de inmovilidad, resignación o aceptación del daño. Por lo tanto, ese dolor no es meramente descriptivo: es productivo. El dolor social participa en la configuración de identidades sociales, organizando modos de percibir, de sentir y de actuar —o de no actuar, y se encarna en las prácticas cotidianas. Wilkinson (2004) sostiene que no existe una larga tradición de estudios sobre el “sufrimiento humano” propiamente dicho. Desde la perspectiva de este autor, tal “ausencia” funda la obligación de la Sociología de ocuparse no solo de las causas y consecuencias del dolor, sino también de lo que el dolor hace en las personas, aludiendo con ello al poder transformador que dicha emoción ejerce sobre las formas en que los sujetos se relacionan con sí mismos y con el mundo. Este autor propone no solo ocuparse de las causas y consecuencias del dolor sino también de lo que el dolor hace en las personas, aludiendo con ello al poder transformador que dicha emoción ejerce sobre las formas en que los sujetos se relacionan con sí mismos y con el mundo (Scribano, 2007a).

Siguiendo con la visión de Scribano es que resulta clave entender la acción colectiva. Para Melucci (1996) el conflicto es concebido como un elemento constitutivo de la acción colectiva, en tanto habilita la construcción de sentidos compartidos y de identidades colectivas. Desde esta perspectiva, las redes de conflicto (Lisdero, 2009) permiten analizar cómo esos malestares encarnados circulan, se conectan o permanecen fragmentados, dando lugar tanto a procesos de articulación colectiva como a formas de desmovilización o espera activa. Así, la acción colectiva puede aparecer no solo como práctica visible, sino también como una posibilidad latente, sostenida —o inhibida— por las ecologías emocionales que atraviesan a los sujetos involucrados (Cervio, 2007).

En diálogo con estas perspectivas, Svampa (2005) define la acción colectiva como una práctica intencional orientada a la transformación del sistema social, subrayando su potencial disruptivo frente a los límites impuestos por el orden vigente. De este modo, la acción colectiva aparece no sólo como una experiencia de construcción identitaria y emocional,

sino también como una forma de intervención política capaz de tensionar y reconfigurar las estructuras sociales existentes.

Como señalamos anteriormente, la espera prolongada y la erosión de la energía corporal pueden producir cuerpos suspendidos, con capacidades de acción limitadas, lo que contribuye a explicar por qué, en determinados momentos, el conflicto no se transforma inmediatamente en organización colectiva. Toda acción colectiva es precedida y presidida por uno o más conflictos que, ocluidos o manifiestos, advienen condiciones de posibilidad para la producción-reproducción de las primeras (Scribano, 2010). En este contexto, Melucci (1996) define al conflicto como “la lucha entablada entre dos o más actores que buscan la apropiación y el control de recursos considerados valiosos” (p. 22). Dichos recursos pueden ser de naturaleza material y/o simbólica, y en las disputas por su apropiación los actores ponen en juego diferentes valoraciones e intereses que pueden coincidir o no con los de sus antagonistas.

Para comprender estas dinámicas en su vinculación con los incendios en el sur argentino, es necesario partir de una premisa: el cuerpo es el lugar donde el conflicto se inscribe y donde el orden se vuelve experiencia. Desde allí, puede pensarse la constitución de una economía política de la moral (Scribano, 2010), entendida como el conjunto de sensibilidades, prácticas y representaciones que hacen decible —y sobre todo vivible— la dominación. En otras palabras, no se trata solo de condiciones materiales, sino de modos de sentir que vuelven soportable lo que, en otras coordenadas, sería insoportable.

A partir de este recorrido teórico-analítico, se delimitan las coordenadas desde las cuales se construye el abordaje empírico del problema. En el apartado siguiente se presenta la metodología utilizada en la investigación.

Metodología

Este artículo se propone, como se explicitó más arriba, indagar qué sienten los habitantes de Cholila frente al fuego, cómo procesan estas experiencias, de qué manera las padecen y, especialmente, qué posibilidades de acción colectiva emergen en este escenario. De esta manera buscamos contribuir y llenar un vacío académico que encontramos en relación al tema.

Para el desarrollo de la investigación se realizaron 15 entrevistas a vecinos y pobladores de la ciudad de Cholila (Chubut) que residían en la localidad al momento del inicio del incendio. La muestra fue de tipo no probabilística, construida a partir de un muestreo intencional y por accesibilidad, atendiendo a la disponibilidad de los entrevistados y a su experiencia directa con el evento. Se incluyeron hombres y mujeres mayores de 18 años, con ocupaciones diversas —entre ellas, personas desempleadas, docentes, trabajadores del comercio, personal policial y referentes mapuche—, con el objetivo de recuperar una pluralidad de posiciones sociales y trayectorias situadas frente a la experiencia del fuego. La técnica de recolección de datos utilizada fue la entrevista semi-estructurada, entendida como una entrevista basada en un guión flexible que organiza el trabajo investigativo a partir de ejes temáticos y preguntas orientadoras (Tonon de Toscano, 2013). Este tipo de entrevista permitió indagar en profundidad las emociones referidas por los entrevistados y las sensibilidades asociadas a la experiencia de los incendios, habilitando la emergencia de relatos situados y no estandarizados.

Para la sistematización y el análisis del material empírico se realizó un ejercicio de mapeo emocional, orientado a identificar la recurrencia y la intensidad de determinadas categorías afectivas presentes en los relatos. A partir de un proceso de lectura reiterada y comparativa de las entrevistas, se registró la iteratividad de emociones como resignación, impotencia, angustia y enojo, observándose una clara primacía de las tres primeras. Esta recurrencia permitió consolidar un núcleo afectivo dominante, que da cuenta de formas compartidas de experimentar, procesar y soportar socialmente el impacto del incendio.

Quemándose. Experiencias del fuego

En el marco del análisis de las entrevistas empezamos a ver lo anteriormente descrito. El dolor con el que viven los vecinos de Cholila frente al avance del fuego se impone por las condiciones materiales de existencia en las que están inmiscuidos. El dolor, la espera, la paciencia son emociones que están en sus cuerpos, son vacíos que se naturalizan y se traducen en mecanismos de soportabilidad social; son adversidades que se vuelven marcas y condiciones naturalizadas (D'hers y Cervio, 2019) en sus cuerpos biográficos.

Así lo atestiguan varios de los relatos, la espera, la paciencia y la resignación emergen como

formas predominantes de relación con el fuego:

“Y uno qué va a hacer. Hay que esperar, el fuego es así...” (Entrevista 1)

“Me siento triste, muy angustiada... ¿Pero qué vamos a hacer? El fuego avanza...” (Entrevista 10)

“Me pone mal, qué quieres que te diga. Es tan impredecible el fuego, que no sabes para donde arrancar. Ves las casas de los vecinos destruidas, me pone muy triste. Pero también se que no podemos hacer nada” (Entrevista 4)

En las entrevistas, esta dinámica se vuelve evidente: la incapacidad de intervenir frente al fuego se traduce en una resignación que se reitera, que se aprende, que se naturaliza. Siempre lo mismo, todos los veranos. Una iteración del sufrimiento que termina por volverse paisaje. Aquí, la espera no es simplemente una pausa, sino una forma de habitar el tiempo. Una práctica que enseña a permanecer, a sostenerse en un presente suspendido donde la acción parece no tener lugar. Scribano (2010) denomina a estas dinámicas “prácticas de la espera”, destacando su capacidad para producir escenarios en los cuales la acción se coagula, se diluye o, en el límite, se vuelve impensable. Son cuerpos en pausa, sostenidos en una temporalidad que no controlan, aprendiendo —muchas veces sin saberlo— a esperar. La angustia puede ser comprendida como una emoción sin descarga, es decir, como una afectación que no encuentra canales de expresión colectiva ni posibilidades de transformación en acción. La espera prolongada inhibe la conversión de la experiencia del daño en conflicto social, consolidando un estado afectivo que se vive de manera individualizada, aun cuando el padecimiento sea compartido.

En este punto, el capitalismo no solo reorganiza la economía, sino que también reorganiza la sensibilidad. Individualiza lo colectivo, fragmenta las experiencias y debilita las redes de contención, dejando a los sujetos en una intemperie cada vez más profunda. Podría decirse, en términos más amplios, que los suelta al vacío: los deja sin sostén, sin otros, sin comunidad. Y en ese vacío, soportar se vuelve una obligación.

En los relatos recogidos durante el trabajo de campo emergen emociones y prácticas del sentir vinculadas a la apatía y a la descalificación del otro. Estas no deben leerse como rasgos individuales o juicios morales aislados, sino como formas socialmente producidas de interpretar y tramitar una experiencia colectiva atravesada por el desgaste, la reiteración del daño y la erosión de los vínculos comunitarios. En

este marco, la apatía y la descalificación operan como registros emocionales que expresan la fragmentación de lo colectivo y la dificultad para construir un “nosotros” frente al fuego.

“... siento que la gente tiene una apatía total por el otro...” (Entrevista 5)

“La gente en Cholila es muy ignorante. Al intendente le conviene tener un pueblo que no sepa, que se maneje como lo hacen. Si sos ignorante cuando tengas que pedir no vas a saber qué pedir.” (Entrevista 8)

Aquí, la moralización del sentir se hace evidente. Se construyen fronteras simbólicas entre quienes “sienten bien” y quienes “no”, entre los que actúan y los que no, entre los “instruidos” y los “quedados”. Estas clasificaciones no sólo ordenan el mundo social, sino que también producen distancias corporales: el otro aparece como ajeno, como separado, como inhabitable. La figura del “buen cholilense” se construye en oposición a quienes no cumplen con esas expectativas: aquel que debería estar alerta, ser solidario, actuar, organizarse. Sin embargo, esta moralización se asienta sobre condiciones materiales profundamente desiguales. En contextos donde la precariedad atraviesa la vida cotidiana, emerge lo que Scribano y Espoz (2011) denominan la moralización de la pobreza: una operación que convierte en falla individual lo que es, en realidad, una condición estructural. Los cuerpos quedan atrapados en una trama en la que sentir, actuar y percibir están profundamente regulados. Y en ese entramado, el fuego no solo arrasa con los bosques: también ilumina —con una claridad brutal— las formas en que una sociedad aprende a soportar.

Entre la acción - interdicción colectiva y el dolor social: límites para la construcción de lo común

La acción colectiva, lejos de constituir una respuesta automática frente al conflicto, remite a una dinámica compleja en la que se ponen en juego sentidos compartidos, formas de solidaridad y disputas por la definición de la realidad. En este marco, puede pensarse como una instancia que permite trazar una topología de los conflictos sociales y de los modos en que estos se estructuran y se vuelven visibles (Scribano, 2015). Tal como sostiene Melucci (1996), la acción colectiva no es un dato dado, sino una construcción que requiere la producción de un “nosotros”, es decir, de una identidad colectiva capaz de articular prácticas, significados y expectativas. La pregunta sería, si esos sujetos tienen la posibilidad de

captar, producir y apropiarse del sentido de la acción (Lisdero, 2009).

Resulta sumamente relevante pensar en términos de Scribano (2015) la acción colectiva porque problematiza sus límites. El autor propone pensar la conflictividad social a partir de una dialéctica entre prácticas intersticiales, interdicciones colectivas y experiencias de afirmación, que permiten dar cuenta de formas de lo colectivo que no necesariamente derivan en movilización ni en proyectos de transformación sistémica. En particular, las interdicciones colectivas constituyen acciones orientadas a trazar límites frente a procesos de desposesión, violencia o usurpación de lo común, expresando un “hasta aquí” que redefine los umbrales de tolerancia, la espera y la paciencia social. De este modo, más que buscar modificar el sistema social, estas prácticas colectivas operan como frenos parciales que contienen el avance del poder sobre la vida en común, evidenciando formas de conflictividad que permanecen activas aun cuando la acción colectiva transformadora no logra consolidarse. Las prácticas intersticiales son interrupciones en el contexto de normatividad y anidan en los pliegues inadvertidos de la superficie naturalizada y naturalizante de las políticas de los cuerpos y las emociones.

Esta perspectiva permite dialogar con Alberto Melucci (1996), quien sostiene que la acción colectiva no emerge automáticamente del malestar, sino que requiere la construcción de marcos compartidos de sentido, la identificación de adversarios y la percepción de una eficacia colectiva posible.

Sin embargo, frente al escenario de los incendios en Cholila, esa construcción aparece tensionada. La catástrofe no deriva necesariamente en organización, ni el conflicto en acción. Por el contrario, lo que emerge con fuerza es una lógica de la re-acción: respuestas fragmentarias, inmediatas, muchas veces aisladas, que no logran consolidarse en formas sostenidas de intervención colectiva. En palabras de Scribano (2015),

las interdicciones colectivas son una acción de defensa de sentidos anidados en unas geopolíticas y geoculturas particulares. Son una torsión más de las bandas de moebio que conectan y reconectan la constitución de un nosotros en su indeterminación y contingencia. (p. 3)

En las entrevistas realizadas, esta tensión se vuelve evidente. Por un lado, aparecen indicios de organización y solidaridad:

“...tenemos que ir a ayudar, juntar bidones con agua y salir. El Club Andino se está organizando...” (Entrevista 6)

Por otro, se observa una tendencia hacia la individualización de las respuestas:

“...Cada uno tiene que acomodar su casa, cortar el pasto...” (Entrevista 8)

Esta coexistencia de prácticas da cuenta de una fractura en la posibilidad de construir un “nosotros”. La acción colectiva, en los términos propuestos por Melucci, parece quedar desplazada por una lógica de autopreservación, donde cada sujeto gestiona el riesgo desde su propio espacio inmediato. Así, la comunidad se fragmenta en una suma de individualidades que actúan —o reaccionan— sin articulación. Ese límite que se construye, es un “hasta ahí, no más” (Scribano, 2015), redefiniendo la paciencia y la espera, convirtiéndose en una práctica temporal pero también espacial del conflicto. Se muestra por un lado, la experiencia de la afirmación, como formas privilegiadas de diferentes accionares colectivos, frente a lo que Scribano (2015) llama “el mundo del no” (p. 5); y por otro lado prácticas del rechazo que operan como límites negándose a la reproducción, insinuándose. Se traman como campos de fuerzas contradictorios, como geografías de la negación donde la denegación no se agota, sino que retorna sobre sí misma. Allí, en el gesto de decir que no, en la decisión de sostener la distancia o en el acto de desmentir la resignación, la vida vivida se afirma en autonomía y es quizás, el futuro de lo colectivo.

La lógica de la espera y la paciencia, previamente analizada, se entrelaza con la dificultad de activar formas colectivas de organización. No se trata simplemente de una ausencia de voluntad, sino de una configuración más profunda en la que la energía social se encuentra expropiada. Los sujetos no solo no actúan: muchas veces no pueden hacerlo. Se encuentran, en términos de Scribano (2007b), frente a una “no-verdad” de la vida cotidiana, donde la posibilidad misma de transformación aparece clausurada.

Cuando la acción colectiva no logra consolidarse, el conflicto no desaparece: se desplaza. En lugar de canalizarse en prácticas organizadas, emerge como reacción individual, como malestar disperso, como queja o como expresión emocional desarticulada. La protesta, en estos casos, pierde densidad política y se vuelve episódica, fragmentaria, sin capacidad de producir cambios estructurales.

Esta ausencia se vuelve especialmente visible en los relatos de los entrevistados:

“...acá no hay organización de nada... cada uno defiende lo suyo. No hay causa común.” (Entrevista 12)

“...falta lo común y la comunidad...” (Entrevista 2)

“Veo que todos miramos el fuego pero nadie hace nada para frenarlo. No creo que estemos unidos, siento que todos sabemos que tenemos que reaccionar como pueblo, pero nos quedamos ahí quietos”. (Entrevista 5)

Lo que aparece no es simplemente una carencia organizativa, sino una pérdida más profunda: la de la experiencia de lo común. Sin ese registro compartido, la acción colectiva se vuelve difícil de imaginar, y más aún de sostener. Los sujetos quedan, entonces, atrapados en una doble lógica: por un lado, la necesidad de actuar frente al fuego; por otro, la imposibilidad de hacerlo colectivamente.

“Nosotros en el otro incendio fuimos y hablamos con las autoridades, nos movimos. Pero se disuelve enseguida, no sirve. Acá son así, con el incendio y con todo. Es como si se abandonaran, no se”. (Entrevista 2)

En este escenario, el dolor social y los mecanismos de soportabilidad operan como fuerzas que inhiben la articulación. La resignación, la tristeza y la impotencia no solo afectan la experiencia individual, sino que erosionan las condiciones mismas de posibilidad de la acción colectiva. Hacen callo (Scribano, 2007b), endurecen la sensibilidad, anestesian la capacidad de reacción. Y en esa anestesia, la acción se diluye.

De este modo, en lugar de una movilización orientada a transformar la situación, lo que predomina es una serie de respuestas reactivas, muchas veces solitarias: sujetos que actúan por su cuenta y sujetos que observan, que se quejan, que señalan al otro como responsable de la inacción. Dos caras de una misma escena fragmentada.

En este punto, las transformaciones del capitalismo contemporáneo vuelven a hacerse visibles. Al individualizar lo colectivo y debilitar las redes de contención, no solo reorganizan las condiciones materiales de existencia, sino también las posibilidades de acción. Donde podría emerger lo común, se instala la dispersión. Donde podría construirse un “nosotros”, aparece el “cada uno”.

Así, el fuego no sólo arrasa territorios: también expone, con una claridad incómoda, los límites de una sociedad que, aun en la catástrofe, encuentra dificultades para actuar colectivamente. Una sociedad donde el conflicto no desaparece, pero sí pierde su capacidad de devenir acción compartida.

Ecologías emocionales frente al fuego

Aceptar el mundo: esa parece ser la forma adecuada de sentir la espera. Una espera que no es simplemente un intervalo, sino una pedagogía sensible que enseña a habitar el tiempo como suspensión, como paréntesis. Se vive en un tiempo gestionado por otros, mientras se administran —como se puede— las ansiedades de estar ahí, tan cerca del fuego.

Para sistematizar las entrevistas y su contenido se realizó un ejercicio de mapeo que permitió identificar la recurrencia de ciertas emociones en las entrevistas. A partir de la frecuencia de aparición de términos como resignación, impotencia, angustia y enojo, se observa con claridad la primacía de las tres primeras, consolidando un núcleo dominante. Detallaremos, además, un segundo núcleo que nos permitirá terminar de comprender la experiencia del fuego.

Figura I. Triada emocional de experiencias frente al fuego. Cholila, Chubut, enero 2026

Ver anexo

Del total de las entrevistas realizadas, se observa que hay tres emociones que exponen con crudeza una triada emocional: resignación, tristeza e impotencia. Los pobladores reconocen —y muchas veces nombran— que detrás del fuego pueden existir intereses políticos y económicos. Sin embargo, frente a ese poder que perciben como inabordable, la acción se vuelve impensable. Quedan así suspendidos en una temporalidad donde el hacer se posterga indefinidamente.

Las distintas experiencias frente al fuego provocan que el dolor social se haga visible en los rostros. La angustia y la tristeza modifican las formas de aparecer ante otros. Las caras se vuelven distintas. Y esas transformaciones no son individuales: se encuentran atravesadas por interacciones marcadas, muchas veces, por la estigmatización. El dolor se inscribe en el cuerpo, en los huesos, en la postura, en la mirada. Se vuelve presencia.

Ahora bien, ¿cuánto se soporta la resignación? ¿Hasta dónde llega la impotencia? En algunos casos, aparece una cierta invisibilización del sacrificio, de la apatía o del “ser quedado”, que no debe leerse como simple desinterés, sino como el resultado de relaciones sociales profundamente desiguales. Se configuran así tramas de culpabilización entre quienes “siempre estuvieron” y quienes “llegaron después”, produciendo valoraciones diferenciales que, lejos de activar el conflicto, tienden a reforzar la tolerancia a la resignación.

La resignación, en este contexto, aparece como la aceptación de un sufrimiento percibido como inevitable (Luna Zamora, 2008), convirtiéndose en un principio normativo que organiza la experiencia. No solo se sufre: se asume que no puede ser de otro modo. Este tipo de sufrimiento se busca más allá de los límites del discurso individual (Tijoux Merino, 2024), se experimenta como insoportable porque se produce por el hecho de vivir en sociedad.

“...Es fuego. Qué vamos a hacer, uno se resigna cuando avanza” (Entrevista 3)

La tristeza, por su parte, adopta formas diversas, pero en su dimensión social se vincula con la pérdida de agencia y con el debilitamiento de la cohesión comunitaria.

“¿Vos decís hacer algo juntos? No sé, veo que cada uno está preocupado por sus propias cosas.” (Entrevista 11)

Finalmente, la impotencia expresa la percepción de que las acciones individuales carecen de impacto, produciendo una forma de minusvalía tanto subjetiva como colectiva.

“...me siento impotente frente al fuego que avanza” (Entrevista 5)

Este tridente emocional —impotencia, tristeza y resignación— no opera de manera aislada, sino en entramado con las relaciones sociales, las interacciones y las formas de dominación. De este modo, configura sujetos atravesados por el dolor social, evidenciando que dicho dolor no sólo es efecto, sino también condición de posibilidad de los mecanismos de soportabilidad social. “La desafección implica el aumento de la tolerancia al malestar” (Scribano, 2007b, p. 131).

La pérdida de agencia conduce a un agotamiento emocional que busca formas de alivio pasivo, desactivando la acción. Se configura así un tipo de sujeto agotado —más que indignado—, incapaz de articularse colectivamente. Un sujeto cuya experiencia se hace cuerpo como imposibilidad.

Tal como sostiene Scribano (2008b), se consolida una economía de la aceptación que acepta lo dado, produciendo cuerpos que no solo soportan, sino que aprenden a soportar. Cuerpos imposibilitados para la acción, cuyos rostros se estructuran en torno a la resignación, la tristeza y la impotencia: rostros abatidos, en estado de dominación.

En este marco, el agente social aprehende y performa sus prácticas bajo la convicción de que existe una única forma legítima de sentir, clausurando la posibilidad de experimentar de otro modo. La impotencia, a su vez, no podría sostenerse sin la mediación de la tristeza, que refuerza y profundiza el dolor social.

Así, esta tríada emocional contribuye a la construcción de una identidad social caracterizada por la falta de energía corporal para enfrentar tanto el fuego como sus consecuencias. El dolor social opera, en última instancia, como una forma de anestesia: no moviliza, sino que inmoviliza. No impulsa la acción, sino que la suspende.

El segundo núcleo emocional identificado en la experiencia del fuego en Cholila se organiza en torno a emociones de desconfianza, angustia, bronca y enojo, las cuales configuran un entramado afectivo denso y ambivalente. Este núcleo no remite únicamente a la vivencia inmediata del incendio como amenaza material, sino que expresa una experiencia social más amplia, vinculada a la percepción de abandono, negligencia e impunidad.

La desconfianza, que presenta la mayor frecuencia dentro de este núcleo, se orienta principalmente hacia actores institucionales y externos, y se asocia a la sospecha de intereses ocultos en torno al fuego, a la falta de información clara y a la ausencia de respuestas oportunas. Esta emoción no sólo da cuenta de un quiebre en los vínculos de legitimidad, sino que también opera como un principio organizador de la experiencia: condiciona la circulación de la palabra, erosiona la posibilidad de articulaciones amplias y refuerza dinámicas de aislamiento y repliegue. La desconfianza hacia las autoridades locales no se limita a una crítica institucional, sino que opera como un factor que profundiza la angustia al desarticular las expectativas de cuidado y respuesta. El entrevistado así lo expresa:

“...¿confiar en quién? Se supone que el intendente debería darnos respuestas y está comiendo un asado con los amigos.” (Entrevista, 3)

La angustia aparece ligada a la incertidumbre que introduce el fuego: la amenaza permanente, la imprevisibilidad de su avance y la imposibilidad

de proyectar un futuro inmediato. Se trata de una emoción que compromete profundamente la corporalidad, produciendo sensaciones de desborde y agotamiento, y que tiende a paralizar la capacidad de acción, favoreciendo mecanismos de espera y soportabilidad. La angustia surge del vaciamiento del lugar del otro responsable.

La bronca y el enojo, por su parte, expresan una reacción frente a la percepción de injusticia y negligencia, especialmente cuando el daño es interpretado como evitable. Estas emociones introducen una dimensión potencialmente conflictiva, en tanto implican la identificación de responsables y la elaboración de juicios morales. Sin embargo, en ausencia de canales efectivos de tramitación colectiva, dicha energía afectiva suele quedar contenida, fragmentada o desplazada, dificultando su traducción en acción colectiva sostenida.

El enojo y la bronca actúan como expectativas no cumplidas en Cholila. Cuando se repregunta ¿Contra qué o quién es el enojo o la bronca? Las respuestas fueron hacia el poder político:

“...Contra todos los políticos. Estamos cansados de que pase siempre. El incendio anterior fue igual. Y el intendente aparece comiendo un asado en las redes sociales. Me da enojo” (Entrevista 6)

“... yo ya me cansé. Yo estuve en política muchos años. No sirve de nada. Te ponen trabas y más trabas. Uno se cansa, y no solo te da enojo, también te da bronca.” (Entrevista 12)

Figura II. Ecología de las emociones frente al fuego. Cholila, Chubut, enero 2026

Ver anexo

Las emociones no constituyen estados internos individuales (Ahmed, 2004) sino economías afectivas que circulan socialmente, adhiriéndose a cuerpos y orientando disposiciones prácticas. En este sentido, emociones como la tristeza o la resignación pueden fijar a los sujetos a posiciones de inmovilidad, dificultando la traducción del dolor en acción colectiva.

En conjunto, ambos núcleos emocionales permiten comprender que la experiencia del fuego en Cholila no se organiza a partir de una única emoción dominante, sino a través de ecologías emocionales complejas, atravesadas por tensiones, desplazamientos y superposiciones afectivas. Mientras la tríada conformada por resignación,

tristeza e impotencia da cuenta de procesos de desgaste, pérdida de agencia y aprendizaje de la soportabilidad, el segundo núcleo —estructurado en torno a la desconfianza, la angustia, la bronca y el enojo— expresa una conflictividad latente que, sin embargo, encuentra límites para su traducción en acción colectiva sostenida.

Lejos de constituir respuestas contradictorias, estos entramados emocionales se articulan y retroalimentan, configurando subjetividades atravesadas por el dolor social y por una economía afectiva que tiende a suspender la acción antes que a impulsarla. Así, el fuego no sólo devasta territorios y condiciones materiales de existencia, sino que produce cuerpos agotados, sensibilidades reguladas y horizontes de acción restringidos. En este marco, el dolor social opera simultáneamente como efecto de la devastación y como condición de posibilidad de los mecanismos de soportabilidad social, contribuyendo a la reproducción de un orden que enseña a soportar incluso aquello que resulta, para quienes lo padecen, profundamente injusto.

Conclusiones

El análisis de las emociones en torno a los incendios forestales en Cholila permite comprender que el fuego no solo arrasa territorios, sino que también ilumina —con una intensidad difícil de eludir— las formas en que una sociedad siente, soporta y, en muchos casos, deja de actuar. Los incendios forestales ocurridos en Cholila pueden leerse como un acontecimiento socioambiental que condensa y vuelve visible la articulación entre extractivismo, devastación ecológica y producción de sensibilidades. Lejos de constituir un “desastre natural”, el fuego opera como experiencia social situada, en la que los cuerpos afectados —habitantes, brigadistas, comunidades rurales— vivencian la pérdida material y simbólica del territorio como dolor social. La destrucción del bosque, de las viviendas y de las fuentes de subsistencia no sólo altera las condiciones materiales de existencia, sino que erosiona las tramas comunitarias, frente a respuestas estatales percibidas como insuficientes o tardías. En este contexto, los mecanismos de soportabilidad social y los dispositivos de regulación de las sensaciones adquieren una densidad específica: se aprende a soportar la repetición del fuego, a naturalizar la excepcionalidad permanente y a tramitar el sufrimiento bajo registros que desalientan la conflictividad.

A lo largo del trabajo, se ha evidenciado que la resignación, la tristeza y la impotencia no constituyen

meras respuestas individuales frente a una catástrofe, sino que se configuran como parte de una ecología emocional socialmente producida. Estas emociones, lejos de ser contingentes, se inscriben en tramas más amplias de dominación que, a través de mecanismos de soportabilidad social y dispositivos de regulación de las sensaciones, orientan las formas de percibir, sentir y actuar en el mundo.

En este sentido, el dolor social aparece como una dimensión central: no solo como efecto de condiciones adversas, sino como operador que organiza la experiencia. Un dolor que se hace cuerpo, que se vuelve rostro, que se repite y se aprende. Un dolor que, en lugar de devenir necesariamente en acción colectiva, tiende a coagularla. Así, la pregunta que atravesó este trabajo —¿por qué soportan?— encuentra una posible respuesta en la propia estructuración de las sensibilidades: se soporta porque se aprende a soportar.

La ausencia —o fragilidad— de la acción colectiva no puede comprenderse únicamente en términos de falta de organización o voluntad. Por el contrario, se inscribe en un entramado donde la energía social se encuentra fragmentada, individualizada y, en muchos casos, expropiada. En este escenario, la acción se desplaza hacia formas reactivas, dispersas, incapaces de consolidar un “nosotros” que permita disputar las condiciones que hacen posible la reiteración del desastre.

El fuego, entonces, no solo quema bosques. También expone los límites de una sociedad atravesada por prácticas de la espera, por economías de la aceptación y por sensibilidades que tienden a naturalizar lo dado. Allí donde podría emerger el conflicto como motor de transformación, se instala la resignación como forma dominante de relación con el mundo.

Sin embargo, en esa misma escena —en los márgenes de la espera, en los gestos mínimos de ayuda, en las tensiones entre lo individual y lo colectivo— también se insinúan posibilidades. Sin embargo, reconocer que estas sensibilidades son socialmente producidas implica también admitir su carácter contingente. En este sentido, la sociología de los cuerpos y las emociones no solo permite describir las formas en que una sociedad soporta, sino también abrir interrogantes acerca de las condiciones bajo las cuales podría dejar de hacerlo. Tal vez sea en esa tensión —entre la reproducción de la soportabilidad y la posibilidad de su interrupción— donde radique uno de los aportes centrales para pensar la relación entre emociones, conflicto y la interdicción colectiva

en contextos de desastre. Y quizás, aquí radique la posibilidad de pensar interrogantes para abrir futuras investigaciones: ¿Qué condiciones emocionales, corporales y colectivas serían necesarias para que el dolor social deje de coagular la acción y comience a interrumpir la lógica de la soportabilidad, habilitando nuevas formas de conflicto y de articulación colectiva en contextos de desastre?

Referencias bibliográficas

- Ahmed, S. (2004). *La política cultural de las emociones*. Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).
- Andreassi, C. y Carpinetti, B. (2023). Después del fuego. *Ciudadanías. Revista De Políticas Sociales Urbanas*, (12), 20, 1-20
- Cervio, A. (2007). La ciudad como experiencia conflictiva: la problemática habitacional entre la gestión activa y la resistencia organizada. En A. Scribano (comp.), *Mapeando interiores. Cuerpo, conflicto y sensaciones* (págs. 39-69). Universitat.
- Cervio, A. (2012). A modo de presentación: una sociología por y desde las tramas del sentir. En Cervio, A. (comp.) *Las tramas del sentir: Ensayos desde una sociología de los cuerpos y las emociones* (págs. 9-18). Estudios Sociológicos Editora
- D'hers, V. y Cervio, A. L. (2019). Dolor social, conflictividad y pobreza: Un abordaje desde las experiencias de inmigrantes limítrofes en la Ciudad de Buenos Aires. *Digithum*, (23). 1-13.
- Dickson-Hoyle, S., Santana, F. N., Szostak, C. y Oelke, N. D. (2026). Wildfire research and mental health: impacts, reflections, and a call to action. *Fire Ecology*. 22 (20), 1-13.
- Eisenman, D. P. y Galway, L. P. (2022). The mental health and well-being effects of wildfire smoke: a scoping review. *BMC Public Health*, 22, 2274, 1-17. <https://doi.org/10.1186/s12889-022-14662-z>
- Gumucio Landívar, M. K. (2022). Participación, discursos y emociones: indignación ante incendios en la Chiquitanía boliviana (2019 y 2020). *Journal de Comunicación Social*, 15(15), 75-98. <https://doi.org/10.35319/jcomsoc.2023151272>
- Lisdero, P. (2009). Momentos de la Recuperación: hacia la definición de etapas en la acción colectiva de “recuperación de empresas”. Apuntes a partir de la reconstrucción del caso de Coop. Junín de Salud. *Boletín Onteakien*, 7, 31-49.
- Lobba Araujo, J. M. (2019, octubre). *Conflicto en torno a los incendios forestales en el noroeste del*

- Chubut: El caso de "las horquetas" Cholila, año 2015. [Ponencia] XXI Jornadas de Geografía de la UNLP Ensenada, Argentina. http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.13580/ev.13580.pdf
- Lobba Araujo, J. M., Tozzini, M. A. & Zapata, M. C. C. (2021). Cuando los barbijos (también) ardieron. Escenarios de emergencia superpuestos en el noroeste de Chubut. *Quid 16: Revista del Área de Estudios Urbanos*, (16), 39-65
- Luna Zamora, R. (2008). Cambio social y cultural de la resignación y el sufrimiento. *Espacio Abierto. Cuaderno Venezolano de Sociología*, 17(2), 267-284.
- Machado Aráoz, H. (2017). América Latina y la ecología política del Sur. Luchas de re-existencia, revolución epistémica y migración civilizatoria. En Alimonda H. (Comp.) *Ecología política latinoamericana, pensamiento crítico, diferencia latinoamericana y rearticulación epistémica* (págs. 193-224). CLACSO
- Melucci, A. (1996). *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia*. El Colegio de México
- Mellado Yáñez, C. S. (2022). Indicadores de estrés postraumático, ideación suicida, depresión, ansiedad y estrés en adolescentes afectados por los incendios forestales. *Interciencia*, 47, (3), 84-91.
- Merleau-Ponty, M. (1985). *Fenomenología de la percepción*. Planeta Agostini.
- Scribano, A. (2007a). ¡Vete tristeza...Viene con pereza y no me deja pensar! Hacia una sociología del sentimiento de impotencia. En Scribano, A. y Luna Zamora, R. (Comp.), *Contigo Aprendí. Estudios Sociales sobre las emociones* (págs. 21-42). Editorial Copiar.
- Scribano, A. (2007b). La Sociedad hecha callo: conflictividad, dolor social y regulación de las sensaciones. En Scribano, A. (Comp.) *Mapeando Interiores. Cuerpo, conflicto y sensaciones* (págs. 118-142). Universitas.
- Scribano, A. (2008a). Fantasmas y fantasías sociales. Notas para un homenaje a T. W. Adorno desde Argentina. *Intersticios 2* (2), 87-97.
- Scribano, A. (2008b) Sensaciones, conflicto y cuerpo en Argentina después del 2001. *Espacio abierto*, 17(2), 205-230.
- Scribano, A. (2010). PRIMERO HAY QUE SABER SUFRIR...!!! Hacia una sociología de la "espera" como mecanismo de soportabilidad social. En Scribano A. y Lisdero, P. (comps.), *Sensibilidades en juego: miradas múltiples desde los estudios sociales de los cuerpos y las emociones* (págs. 169-192). CEA CONICET
- Scribano, A. (2015). Acción colectiva y conflicto social en contexto de normalización. *Onteaiken*, 20, 31-42.
- Scribano, A. (2017). Presentación del monográfico: Emociones, protestas y acciones colectivas en la actualidad. *Aposta. Revista de Ciencias Sociales*, (74), 8-13
- Scribano, A. (2020). La vida como Tangram: Hacia multiplicidades de ecologías emocionales. *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*, 33(12), 4-7.
- Scribano, A. y Aimar, L. (2012). Geometrías de los cuerpos. Distancias, proximidades y sensibilidades. *Revista Latinoamericana de estudios sobre cuerpos, emociones y sociedad* (9), 4-6.
- Scribano, A. y Espoz M. B. (2011). Negro de mierda, geometrías corporales y situación colonial. En Ferreira, J. y Scribano, A. (Comps.), *Corpos em concerto: diferenças, desigualdades, desconformidades* (págs. 97-126). Editora da Universidade Federal de Pernambuco.
- Svampa, M. (2005). Hacia el nuevo orden neoliberal. En *La sociedad excluyente. La Argentina bajo el signo del neoliberalismo* (pp. 21-51). Taurus.
- Tijoux Merino, M. E. (2024). Contar para decir y comprender los sufrimientos sociales. La fuerza heurística del relato de vida. *Cuadernos de Teoría Social*, 10(20), 41-57
- Tonon de Toscano, G. (2013). La entrevista semi-estructurada como técnica de investigación. En Tonon de Toscano, G. (Comp.) *Reflexiones Latinoamericanas sobre investigación cualitativa* (pp. 47-68) Universidad Nacional de La Matanza.
- Wertheimer, M. y Fernández Bouzo, S. (Coords.) (2023). *Argentina en llamas. Voces urgentes para una ecología política del fuego*. Instituto de Investigaciones Gino Germani (UBA)/ Editorial El Colectivo
- Wilkinson, I. (2004). *Suffering: A Sociological Introduction*. Polity Press
- Yanniello, F. (2023). Arden los bosques andino patagónicos: incendios, cambio climático y acceso a la tierra. En Wertheimer, M. & Fernández Bouzo, S. (Coord.) *Argentina en llamas, voces urgentes para una ecología política del fuego* (págs. 209-233). Instituto de Investigaciones Gino Germani (UBA)/Editorial El Colectivo

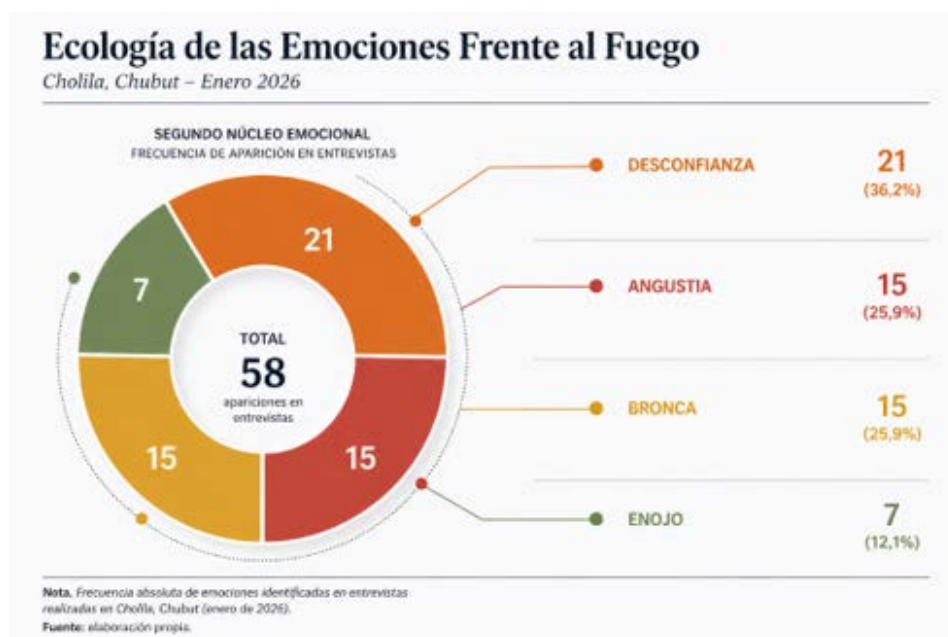
Anexo

Figura I. Triada emocional de experiencias frente al fuego. Cholila, Chubut, enero 2026



Fuente: Elaboración propia.

Figura II. Ecología de las emociones frente al fuego. Cholila, Chubut, enero 2026



Fuente: Elaboración propia.

Citado. Tamassi, Ayelén (2026) "Quemados. Incendios, emociones y mecanismos de soportabilidad social en el Sur de la Argentina" en Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad - RELACES, N°51. Año 18. Agosto - Noviembre 2026. Córdoba. ISSN 18528759. pp. 64-77. Disponible en: <http://www.relaces.com.ar/index.php/relaces/issue/view/835>

Plazos. Recibido: 13/04/2026. Aceptado: 15/06/2026.